

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA MODERNA



No

572
JOAN CRAWFORD
ANITA PAGE

25
cts

ROBERT MONTGOMERY
DOROTHY SEBASTIAN

NOVIAS RUBOROSAS

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA MODERNA

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN: **Francisco - Mario Bistagne**
Pasaje de la Paz, 10 bis · Teléfono 18551

AÑO XI BARCELONA N.º 572

BARCELONA

N.º 572

OUR BLUSHING BRIDES
1930

Novias ruborosas

Sentimental asunto, interpretado por Joan Crawford, Anita Page, Dorothy Sebastian, Robert Montgomery, Raymond Hackett, John Miljan.



Es un film de la famosa marca
METRO-GOLDWYN-MAYER

Distribuido por

METRO - GOLDWYN - MAYER
Ibérica, S. A.
Mallorca, 220 Ba

Mallorca, 220

Barcelona

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
HEDDA HOPPER

Novias ruborosas

Argumento de la película

Los grandes almacenes de Jardine e Hijos eran los más importantes de la ciudad. Se vendían toda clase de artículos, desde los más sencillos a los más sumptuosos. Las empleadas, todas ellas lindas y jóvenes, formaban legión.

Jerry, una de las dependientas, muchacha espiritual y de unos maravillosos ojos negros, era modelo en la sección de lencería. Debía desfilar como maniquí ante las presuntas compradoras de la casa.

Aquel día, al entrar en el almacén, se encontró con Joe, un antiguo amigo suyo, dueño de una modesta zapatería y pretendiente a su mano.

—¿Cómo va tu sección, Jerry?

—Muy bien. ¿Y tu zapatería?

—No puedo quejarme. Pero ¿qué te parece si fuéramos al teatro esta noche?

Jerry, a quien no interesaba poco ni mucho aquel hombre, le replicó:

—No puede ser. ¿Es que no serás nunca razonable, Joe?

—Lo sería si no me hicieras tú perder la razón.

—¡Qué gracia!

Riendo se despidió de él, yendo al tocador a cambiarse de ropa. Allí estaban las otras dependientas, entre ellas Connie y Franky, íntimas amigas suyas y que vivían con ella.

—Ya estoy harta de este trabajo! —murmuró Connie, una rubia muy gentil.

—Ay, esta vida! —dijo Franky, una morenaza de mirada ardiente—. ¡Tenemos que levantar tan pronto todas las mañanas!... No me prueba. ¡Estoy horrorosa hoy!

Otra de las muchachas advirtió a Jerry:

—Prepárate a enseñar lencería. El señor Jardine viene con una cliente.

—¿Cuál de los dos Jardine?

—Tony.

—¡Ah!

Se acentuó su sonrisa y parecieron resplandecer sus ojos.

—Me parece a mí que la repentina pasión de Tony por la lencería esconde otra intención —murmuró una dependienta.

Jerry se dirigió apresuradamente a otro cuarto, donde se encontraban los diferentes maniquíes. Volvió a cambiarse de ropa, poniéndose esta vez una finísima "combinación" de encaje y seda.

Y al poco rato desfilaba, en unión de otras muchachas tan bellas como ella, por un tablado, ante una respetable y riquísima clienta, a quien

hacía los honores Tony Jardine, uno de los hijos del dueño.

Terminada la exhibición, durante la cual Tony estuvo contemplando apasionadamente a Jerry, las modelos volvieron a vestirse su ropa de despacho.

Reinaba en la sala el alborozo propio de la juventud. Las modelos se reían de las clientas:

—¡Qué gracioso! —decía una—. Ayer se presentó una señora pidiendo una camisa negra porque estaba de luto por su esposo.

Todas rieron, con excepción de Jerry, que parecía preocupada.

—Jerry no presta atención más que a Tony Jardine —dijo una compañera.

—Es porque aquí es el único que nos presta atención a nosotras.

Jerry, sin intervenir, se dirigió de nuevo a su sección, en espera de nuevos clientes.

Entretanto, la rubia Connie se hallaba en la sección de perfumería. A media mañana recibió la visita de David Jardine, otro de los hijos del dueño, un muchacho por el que Connie bebía los vientos.

David, sonriente, vió cómo la empleada procuraba convencer inútilmente a una cliente para que se quedase unos perfumes.

Cuando la compradora se alejó, Connie suspiró, fatigada de su monótono trabajo.

—¡Connie! —le dijo el joven estrechándola en brazos, pues la quería, aunque nada más que como un capricho juvenil.

—¡David! —murmuró ella con emoción, pues, temperamento soñador, pensaba casarse con el

hijo del propietario, aunque no le amaba por su riqueza, sino por su simpatía y juventud.

—Tú no estás hecha para trabajar, Connie. ¿Por qué no me dejas cuidar de ti?



—¿Por qué no me dejas cuidar de ti?

—Estoy condenada a esta vida, David.

—¡No, Connie, no! Hay que solucionar esta situación. No quiero que sigas así.

—¡Es tan difícil eso!

La llegada de unos nuevos clientes interrumpió la conversación y David se alejó de la perfumería.

Al mismo tiempo, en la sección de ropa de

lana, Franky, encargada de la misma, muchacha llena de ambición, se hallaba cosiéndose el punto de una media de seda que se le había cortado.

Un caballero se acercó a ella, contemplando con delección la pierna bien formada.

Ella se fijó de pronto en el caballero y bajó precipitadamente la falda.

—¿Qué desea usted? —le dijo.

—Deseaba un cobertor, pero después de lo que vi, no tengo muchas ganas de comprarlo — contestó sonriente.

—Este de treinta dólares es tan bueno como el mejor que le puedan ofrecer.

—Me lo quedo. Es usted muy competente en las ventas.

—Y usted muy amable —dijo envolviéndole en una tierna mirada—. ¿Quiere usted que lo cargue en cuenta?

—Yo pago siempre al contado las cosas que me gustan.

—¿Dónde quiere que lo envíe?

—Señor Martín W. Sanderson... en el Ritz — dijo entregándole un billete de Banco—. Pero ¿cómo ha dicho usted que se llama, señorita?

—No recuerdo habérselo dicho antes. Me llamo Franky Daniels.

—Un nombre sin dirección, no dice casi nada.

Ella bajó los ojos. ¡Era simpático el caballero! ¡E iba tan bien vestido, tan elegante! De seguro que era un millonario. Y su corazón plenórico de ambiciones y de aventuras, se conmovió.

—Vivo en la calle 81, número 153.

—Muy bien. Pero... no me devuelva el cam-

bio. Ya me lo devolverá esta noche. Tendré el gusto de irla a visitar. ¿Quiere ir al teatro?

—No sé si debo...

—¿Qué tiene de particular? Vamos, no sea usted arisca.

—No sé... No sé... No le aseguro nada.

—Confío en ello. A las diez iré a verla.

Y, después de estrecharle afectuosamente la mano, se alejó, dejando a Franky emocionada, creyendo que, al fin, quizás iba a venir el hombre soñado a arrancarla de su vida vulgar.

* * *

Jerry, Connie y Franky se encontraban ya en su casa. Las dos primeras preparaban la cena, mientras Franky, echada en un diván, parecía meditar...

—¡A ver, un poco de ánimo, Franky! —advirtió Jerry—. ¡Pon los cubiertos!

—Me duele mucho la cabeza. ¡No quiero cenar! —murmuró.

—Aprensiones.

—Me parece que si me muriera, te quedarías tan fresca.

—No lo creas. Aun no has pagado tu parte del alquiler de este mes.

A regañadientes, la ayudó a poner la mesa y empezaron a cenar con los sencillos manjares de costumbre.

Jerry se conformaba con la vida presente, como también Connie; pero Franky sentía una constante rebeldía en su corazón.

—¿Sardinas en lata otra vez? —dijo.

—¿Qué esperabas? —le contestó Jerry—. ¿Cavar o foie gras trufado?

—Pues, si hubiera querido, hoy hubiese tenido una cena así... ¡En estos instantes, podría estar en el Ritz, si quisiera!

—Tenías una cita? —murmuró Connie, abriendo mucho sus cándidos ojos.

—Sí, con el señor Martín Sanderson... que reparte los dólares como si fueran prospectos.

—Naturalmente —dijo Jerry riendo—. ¡Te habrás enamorado de él en cuanto te enseñó el libro de cheques!

—¿Quién ha hablado de enamorarse? —respondió despectivamente.

—¡Ah! ¿No consideras necesario el amor?

—El amor es cosa de románticas como tú.

El resto de la cena transcurrió en silencio. Franky se levantó anunciando que se marchaba, pues el señor Sanderson la iría a buscar para una fiesta teatral.

—¡Espléndido! —comentó Jerry—. Pero, vete con cuidado, que no hayas de lamentar esa amistad con un desconocido.

—Estoy harta de esta estúpida vida de dependienta, y nada me importa ya.

—También estoy yo harta —dijo Connie—. Quiero tener buenos vestidos y llevar otra vida.

—¡Vamos, valor! El porvenir está cerca... Todo llegará, si no reventamos antes —dijo Jerry con su bondadosa alegría.

—Tú, Jerry, lo tomas todo a broma —dijo Connie.

—Naturalmente, y a los hombres lo primero de todo,

—Pues, los hay muy buenos. El mismo David Jardine... —dijo Connie con ternura.

Jerry sonrió amargamente.

—David Jardine, ¿eh? Seguramente que quiere retirarte del trabajo... y cuidar de ti, ¿no?

—Eso me ha dicho.

—Claro que él no puede casarse ahora contigo —indicó irónicamente—. Pero ya lo haréis más tarde, ¿verdad?

—¿Has hablado con él? ¿Te lo ha dicho él?

—No, pero conozco a los hombres y esto me basta. No te fíes de sus promesas. No hagas caso a David, si no hay matrimonio por medio.

Connie aparecía sorprendida; en su almita clara no creía posible la traición, ni que David la quisiera con mal fin, para no casarse con ella.

Franky miró a Jerry con disgusto.

—A ti te gustaría que Connie se casara con un dependiente cualquiera, como tu amigo Joe... y que se pasara la vida lavando platos y fregando suelos.

—Es la vida que nos espera —contestó con resignación—. ¿Qué le vamos a hacer?

—¿Piensas triunfar con esa resignación?

—Naturalmente.

—Pues, yo no. Para mí, lo más interesante es aprovechar la juventud y casarme con un hombre de dinero —dijo Franky.

—Fingir amor a un hombre porque tiene dinero, no me parece el colmo de la felicidad.

—Por mi parte, voy a procurar tener dinero mientras sea joven... por si luego me muero.

—¡Bonita teoría!

—Hay que vivir, chiquilla —dijo, mirándose al espejo, mientras se acababa de poner su mejor

vestido—. Tú deberías buscar también un buen partido. Haz como Connie. Su novio será algún día propietario de los almacenes.

—No he pensado nunca en su dinero. Le quiero a él y basta—dijo Connie con su graciosa ingenuidad.

—¡Magnífico! ¡El dinero no le importa!—dijo Franky.

—No te fíes demasiado de David—aconsejó Jerry—. Lo mejor sería que procurases saber si él te quiere a ti como tú a él.

—No lo dudo. Para ti no hay hombre honrado en el mundo.

—A solas con ellos en un taxi, todos son iguales.

—¿Todos iguales?—dijo Connie—. Pues ¿no dijiste ayer mismo que Tony Jardine era diferente de los demás?

—Yo he dicho que parece diferente; pero nunca he paseado en taxi con él.

—Pues, entonces, no juzgues de antemano.

Llamaron a la puerta.

—Debe ser el señor Sanderson—dijo Franky.

—Haz el favor de ir a abrir, Jerry.

—No te dejes engañar, ¿eh? Y luego no vengas a llorar a casa cuando el señor ese se haya aburrido de ti.

Jerry fué a abrir, dejando paso a Sanderson, elegante y peripuesto caballero, que contempló a Jerry de una manera apasionada e impertinente.

—Vaya hermosura! ¡Si la llega a conocer antes que a Franky, no invita para nada a ésta!

—Haga el favor de aguardar. Voy a decirle a Franky que está usted aquí.

—¿Tiene usted mucha prisa?—dijo él riendo.

—Es usted quien debe tenerla por ver a Franky, señor.

Apareció Franky, muy bella y envuelta en un precioso abrigo.

—Ya ve que cumple mi palabra—dijo Sanderson—. Vamos al teatro.

—Estoy a su disposición.

Y Franky, mirando a su amiguita, le dijo en voz baja:

—¿Qué piensas de él?

—Lo mismo que pensaba antes.

—¡Todo lo ves negro!

Franky y Sanderson salieron en seguida, mientras una mueca de amargura crispaba las facciones de Jerry. ¡Qué ingenua era su amiga!

Apareció Connie, vestida también con traje de salón.

—Pero ¿te vas?

—Salgo con David. No me voy a estar metida en casa todo el día, como tú.

—Bueno, bueno. Haz lo que gustes.

—Hasta luego.

Jerry quedó sola. Se sentía desalentada, amargada. Temía por la suerte de sus amigas. Tenía ideas especiales acerca de los hombres ricos. No creía en su buena fe al dirigirse a las mujeres pobres, ingenuas...

Pero, ¿Y Tony? ¡Oh, casi le decía el corazón que Tony era distinto! Y sentía por él un gran interés, una gran ternura, que acaso con el tiempo se hubiera convertido en amor. Pero no quería hacerse ilusiones. A lo mejor, Tony estaba hecho del mismo barro que los demás.

Llamaron al teléfono. La llamaba Joe.

—¿Le gustaría ver una bella película, con un amigo casi tan bello como la película?

—No puedo. Ya me he acostado—respondió.

Y como para nada le interesaba Joe, colgó el teléfono y se acostó, pero sin poder dormir, agitada por melancólicos pensamientos.

* * *

Días después fué a visitar a los señores Jardine el célebre dibujante francés señor Pantoise.

Pantoise iba acompañado de tres ayudantes y proyectaba celebrar una gran exposición de sus maravillosos modelos de la capital francesa.

—¡Admirable!—dijo Tony—. Organizaremos la exposición en nuestra propiedad de Soundview. Y, naturalmente, emplearemos a nuestras más hermosas modelos.

Al siguiente día, las modelos de la sección de lencería, entre las que figuraba Jerry, marcharon hacia aquella maravillosa finca, situada en pleno campo y donde se habían reunido todos los lujos y suntuosidades imaginables.

Jerry se despidió de sus dos amiguitas, que seguían cultivando sus peligrosos "flirts", y marchó con sus otras compañeras a la posesión.

Les maravilló la hermosura de la finca. Era un verdadero palacio de hadas, un templo de amor.

Las muchachas se prepararon para la gran fiesta organizada por el señor Pantoise y a la que debía asistir lo mejor de la sociedad neoyorquina.

David se excusó de asistir al acto.

—Siento tener que marcharme, pero tengo una cita en la ciudad.

—Una conferencia de negocios, como de costumbre, ¿verdad?—le dijo Tony.

—No bromées. Se trata de una chica deliciosa.

—Pues, que tengas buena suerte.

Más tarde fueron llegando los invitados. Y a las diez comenzó la fiesta.

—¡Señoras, caballeros!—dijo Pantoise, de pie junto al estanque del jardín, frente al que se habían congregado los invitados—. He aquí el verano. El verano, con su ardiente sol y sus vapurosos trajes de playa.

Aparecieron las modelos, vestidas con maravillosos trajes de baño, y después de pasear por las cercanías del estanque, se echaron a la vez en él.

Más tarde, el señor Pantoise anunció la aparición de las damitas en trajes de "soirée", que eran como visiones de apoteosis. Y finalmente aparecieron todas con las últimas creaciones para bailes de máscaras, todo con tal riqueza, con tal gama de color, que provocó el entusiasmo de los asistentes.

Tony no había perdido detalle alguno de la fiesta, con los ojos clavados en Jerry, que para tomar parte en el acto se había empolvado de rubio el cabello, contrastando más vivamente con el negro intenso de sus ojos. Su figura espectral, magnífica, destacaba en los graciosos movimientos.

Terminada la representación, Tony, a quien aquella criatura le gustaba extraordinariamente, avanzó hacia ella y le dijo:

—¡Ha estado usted exquisita, maravillosa!

—No tanto, Tony.

—No rebajo ni así. Todo le acompaña: la gracia, la belleza, el tipo.

—¡Oh, qué bueno es usted, Tony!

—¿Me permite que le enseñe un poco la posesión?

—Con mucho gusto.

Fueron a recorrer los jardines, que eran un verdadero paraíso de perfume.

Tony le señaló después una cabaña, sostenida encima de grandes árboles, como una construcción primitiva.

—¡Mi cabaña de Robinson! —dijo riendo.

—Pero ¿cómo se sube ahí?

—De una manera original. No tema usted romperse la cabeza para visitarla.

Apretó un resorte oculto en un árbol y apareció una escalera que ponía en comunicación el jardín con la cabaña.

Subieron y la joven se mostró sorprendida del refinamiento, del lujo que reinaba en su interior.

—Tiene usted ideas muy originales —le dijo sorprendida.

—Adoro a la mujer que encuentra originales mis ideas.

—¡Oh, no diga usted eso! Cuando un hombre empieza a hablar así, ha llegado el momento de volver la cabeza para admirar el paisaje —dijo sonriente.

Y dirigió los ojos al ventanal, desde donde se divisaba el jardín, bañado por la luz de la luna.

—¿Ha admirado usted ya bastante el paisaje? —dijo él con pasión.

—Sí. Y usted ¿no saborea las bellezas de la naturaleza?

—¡Ya lo creo!

Y, estrechando entre sus brazos el cuerpo gentil y magnífico de Jerry, la besó en los labios con un beso rotundo y dominador.

Ella le contempló con cierta melancolía, con desilusión, como si las dudas que había en su alma acerca de las verdaderas intenciones de Tony se hubiesen desvanecido para dar paso a la realidad cruda y amarga. ¡Como todos, como todos! ¡Y ella había podido pensar que Tony la quería de otro modo!

—Decididamente, es usted menos original de lo que yo pensaba —murmuró.

Pero Tony la volvió a besar, y exclamó:

—Desde que la he visto, estaba esperando este momento.

—Me gustaría saber por qué todos los hombres dicen las mismas cosas en los mismos momentos.

—Es muy fuerte lo que usted dice... pero está pasado de moda.

Y él, a su pesar, se admiró de la serenidad de la muchacha. Sacó la petaca y le ofreció un cigarrillo.

—No, gracias —dijo ella—. ¡Siempre lo mismo! Ahora, el cigarrillo. Después le toca decirme que mis ojos tienen el misterio de los lagos profundos.

—Pero, Jerry, no se enfade.

—¿Enfadarme? ¡Bah! ¿Qué importa?... —añadió, dirigiéndose hacia la puerta.

—No se vaya aún.

—Lo siento, pero no me puedo quedar más tiempo.

—No va usted a decirme ahora que no sabía para qué la he traído aquí.

—Creí haberme equivocado por una vez.

—Permítame que me admire de la sorpresa de su... inocencia—dijo Tony, acostumbrado a rendir a todas las mujeres con su juventud y su dinero.

—Tiene usted razón: inocencia. Pero una inocencia resuelta y vigilante.

—Como usted quiera; pero yo creo conocer y comprender a las mujeres.

—¡Bah! Usted no sería capaz de concebir si quiera que una mujer sea a la vez moderna... y honesta.

—La honestidad y el modernismo no viven juntos por espacio de mucho tiempo.

—¡Cállese! ¡Merece un bofetón!

Iba ya a salir, cuando se dió cuenta de que no estaba la escalera.

—¿Por qué ha quitado usted la escalera?—preguntó.

—Si es usted un ángel, más le valdría servirse de sus alas.

—Cuando todo es tan bajo, ramas y sentimientos, no hay vuelo posible.

La firmeza de aquella mujer, su honestidad, dejaban a Tony aturdido.

—¿Quiere usted marcharse de verdad?

—No ha hecho usted nada para hacerme cambiar de idea.

—Un día u otro, yo la haré cambiar.

—Puede usted ir esperando, mientras tanto.

Tony, sin atreverse a insistir, dominado por

la energía de aquella criatura, apretó el resorte e hizo bajar la escalera, por la que descendió Jerry sin volverse una sola vez, desapareciendo prestamente por el jardín, con la serenidad



—¿Quiere usted marcharse de verdad?

de la mujer que sabe defenderse contra los embates de la vida. Pero en el alma llevaba un gran dolor. Había amado a Tony creyéndole un hombre distinto, y se convencía de que no era más que mísera arcilla, consumido por las pasiones, como los otros.

* * *

Regresó al día siguiente a casa. No había nadie. Una carta sobre el lecho de Connie la hizo temblar. Decía así:

Jerry: Me marchó con David. Te telefonearé tan pronto nos hayamos casado.

¡Pobre criatura! ¡Ingenua rubita que miraba de frente al sol, sin saber que ciegan sus rayos! Estaba segura de que iba a ser una desgraciada, de que David era tan malo como Tony. Los dos querían a las muchachas para satisfacer su egoísmo y sus placeres. Para nada espiritual, para ningún diálogo de almas.

Y lloraba interiormente por ella, cuando entraron Franky y el señor Sanderson, los dos muy alegres, con grandes muestras de haber bebido más que de ordinario.

—¡Hola, chiquilla! —Tengo la sensación de que hace mala mar! —le dijo Franky balanceándose.

—Pero, criatura, ¿cómo estás? —le dijo en voz baja—. Cuando él se marche, te ayudaré a acostarte. Debes estar rendida.

—Pero si no pienso dormir aquí. Eso no sería lógico.

—Tú no saldrás, Franky.

—Pues, saldré. Debo pasar mi noche de bodas con mi marido. ¿No te parece?

—Pero ¿os habéis casado?

—¿Qué tiene ello de extraño? Todos los días se casa la gente.

—Es verdad. ¡Nunca pude suponer!...

Entonces, acaso estuviese equivocada y los hombres no fuesen tan malos como creía... San-

derson se había casado con Franky. Pero ¿vivirían siempre felices? Aquella boda rápida, en que por parte de ella sólo había interés, y por parte de él, quién sabe qué clase de sentimientos, ¿daría resultado?

Salieron los recién casados y ella volvió a quedar sola en su pisito, pensando que iba a buscar otro de más reducidas dimensiones, por cuanto no podía pagar tanto alquiler.

Pasaron varios días. Ella se trasladó a una vivienda más modesta. Pero se sentía muy triste. En la tienda ya no estaban ni Connie ni Franky y todo le parecía hostil. Además, creía que iban a despedirla de un momento a otro. Tony no había vuelto a hablar con ella, como si rehuyses su encuentro.

Una tarde, se encontraba en su tocador, cambiándose de traje. De pronto se abrió la puerta y apareció Tony, quien quedó en el umbral, contemplando golosamente el cuerpo magnífico, embellecido por el juego de ropa interior.

Ella se volvió rápidamente y, aun sintiendo su pudor herido, exclamó con energética entonación, como si no retrocediese ante el peligro:

—¡Entre! —Verá usted mejor!

—No esperaba ser invitado —dijo sonriente, avanzando hacia ella.

—No afecte usted un aire tan delicado. Su posición le da un magnífico privilegio —le respondió con serenidad.

—¡Ningún privilegio me fué nunca tan agradable!

—Si no tiene inconveniente, seguiré vistiéndome.

—Ninguno, a menos que usted lo tenga.

Ella se cubrió con un fino vestido, y Tony, excitado, intentó besarla.

—¡Si supiera qué suplicio es para mí el recibir sus caricias! —musitó la joven.

Y había tanta angustia en aquellas frases, tanto desdén, que Tony se estremeció.

—¿Piensa usted bien lo que dice? ¿De veras le soy tan odioso? —dijo.

—Su conducta no merece otra cosa.

Y Tony vió brillar en los ojos de Jerry un desprecio, un dolor tan infinito, tan augusto, que sintió que se aplacaba toda la furia de su pasión, que se avergonzaba de sí mismo, de su manera de obrar, de perder la simpatía de aquella mujer que desvelaba su sueño y su vida.

—Usted perdone. No la volveré a ofender. ¡Se lo juro!

Y salió lentamente, vencido por primera vez, preguntándose si no habría estado haciendo mal hasta entonces en buscar por la fuerza lo que sólo el verdadero amor podía dar por grado... Y anduvo preocupadísimo el resto del día, sintiendo disgusto contra sí mismo y ansias de pedir perdón a aquella muchachita moderna, pero ruborosa como la más casta de las novias.

* * *

Al día siguiente, Jerry recibió la visita de su amiga Franky.

—Por fin he dado con tu nuevo domicilio—le dijo—. ¿Por qué te cambiaste?

—He tenido que reducir mis gastos, desde que tú y Connie me habéis dejado.

—Tú tienes la culpa. Si quisieras, no vivirías como vives.

—¿Eres feliz, Franky? —dijo, desviando el tema.



—Lo que te pregunto es si eres verdaderamente feliz.

—¿Por qué no he de serlo? Mi marido me da cuanto necesito.

—Lo que te pregunto, es si eres verdaderamente feliz.

—Naturalmente. Mira las perlas que me ha regalado.

Y le mostró un precioso collar. Pero Jerry sonrió con melancolía. Dinero, joyas, ostentación. ¿Era eso la verdadera felicidad?

—Si fueras más práctica, también podrías tener perlas.

Ella se puso triste e iba a contestar cuando abrióse bruscamente la puerta y apareció un caballero de mediana edad y de aspecto insolente.

Ante la sorpresa de las dos jóvenes, dijo:

—Veamos esas perlas. Quiero enterarme de su legitimidad.

—¿Quién es ese individuo? —preguntó Jerry.

—Le conoce tú, Franky?

—¡No lo he visto nunca!

—Si no sale usted inmediatamente, llamo a la policía.

—¡Hela aquí! —contestó mostrando una placa de policía.

—Pero, ¿qué quiere usted de Franky? ¡No ha hecho nada, nada!

—Tal vez, pero hemos detenido a Martín Sanderson y el jefe quiere hablar con su mujer.

—¿Qué han detenido a mi esposo? ¿Por qué? —dijo Franky, aterrada.

—La única cosa que no ha robado en su vida, ha sido la cárcel.

—¡Eso es mentira! ¡Mi marido no es un ladron! —dijo llorando.

—Desde luego. El personalmente, no; pero sí su banda.

—Dios mío, Dios mío!

Jerry contemplaba con emoción a su amiga. ¡Qué desengaño! ¡Cuán cara pagaba ahora su imprevisión, su ceguera, su bastardo interés!

—Cálmate, querida —le dijo a Franky—. Todo se arreglará.

Quiso acompañar a Franky; pero el policía la disuadió de aquella idea.

—Es inútil que venga usted. No puede hacer nada por ella.

Partió su amiga con el policía. Y Jerry sintió el dolor de no haberse equivocado, de que todos los hombres eran iguales, esclavos de sus



—¡No ha hecho nada, nada!

pasiones, de sus vicios, de sus miserias. ¡Pobres de ellas, las mujeres! Ella misma, ¿no había sufrido un gran desengaño con Tony?

Amargada por tan dolorosos pensamientos, aquella noche quiso distraerse yendo al teatro.

Ocupó una de las butacas de platea y de pronto escuchó una voz que decía cerca de ella:

—He suplicado a Anne Parmales que haga de dama de honor en nuestra boda.

Descubrió entonces en una butaca que estaba cerca de la suya a David Jardine, en compañía de una bellísima damita, que era la que había pronunciado la frase anterior. La muchacha que iba con él... era su novia.

Jerry quedó aterrada, pensando en la pobreca Connie, engañada por ese vil seductor, en Connie, que creía ingenuamente que los dos iban a casarse. ¡Y él la engañaba, considerándola nada más que como un capricho!

A la damita le cayó un chal, que Jerry reconoció y devolvió a su dueña. Entonces David reconoció a Jerry y sonrió de modo desagradable. Era capaz de ir a comunicar a Connie lo que ocurría. Sin embargo, no dijo una palabra, como si fuera la cosa más natural del mundo.

Jerry se marchó, terminada la representación, y se encaminó a la casa donde sabía vivía Connie.

Ella le recibió alegremente, con los ojos radiantes de felicidad.

—Estoy sola esta noche, queridita. El pobre David ha tenido que hacer una visita de negocios.

—Sí ¿eh?

—¡Pasa, pasa! ¿Qué te parece mi nido?

—¡Maravilloso!

Le fué enseñando la casa, preciosa, puesta con todos los refinamientos.

Connie hablaba de David con verdadera veneración, con un amor apasionado. Y Jerry, que había venido dispuesta a confesar a su amiguita

toda la verdad, no se atrevía a romper de golpe tantas ilusiones.

—Si supieras lo bueno que es David, cambiarías de opinión sobre los hombres.

—Tal vez sí.

—No olvides que tienes que ser mi dama de honor. David quiere una boda sencilla.

—¡Connie!

La acarició con ternura, sintiendo deseos de llorar. Era preciso hablar, confesarlo todo, ver de arrancarla de aquella trágica ignorancia. Pero entró David Jardine, y Connie corrió a echarse en sus brazos.

David frunció el ceño al ver allí a Jerry, y le dijo:

—Ya la he visto, ya... en los almacenes.

—Y... hace poco, ¿verdad? —le contestó, sosteniendo su arrogante mirada.

Consultó su relojillo y, nerviosa, dijo:

—Es muy tarde ya. Tengo que marcharme.

—Vuelve mañana, Jerry.

—Volveré.

—Sí, vuelva usted —le dijo David con rara entonación—. Estoy seguro de que tienen que decirse muchas cosas.

Jerry le contempló con altivez. ¡A la traición, unía el cinismo, la burla desafiadora!

Salió de la casa con el presentimiento de que Connie iba a conocer de los propios labios de su amigo la dolorosa verdad.

Convencida de ello, paseó un rato por las cercanías de la casa, hasta ver salir de nuevo a David Jardine. Entonces, sospechando lo ocurrido, volvió a subir al pisito, encontrando a Connie bañada en lágrimas.

—¡Me deja, Jerry! ¡Me deja!

—¡Pobre Connie!

—¡Se va a casar con otra! ¡Me lo ha dicho! Ha hablado de su familia, de su padre, que le exige una boda con una mujer de su clase. ¡Oh, Dios mío! ¡Yo preferiría morir!

—¡Pobre nenita! Ven a casa. ¡Ah, los hombres, los hombres!

Y, acariciando contra su corazón a la ingenua, la llevó a la casa donde ella vivía en plena soledad espiritual.

* * *

A la mañana siguiente, después de haber dejado durmiendo a Connie, Jerry marchó al almacén, donde la advirtieron que la llamaban del despacho del personal. Sospechó que la iban a echar de la casa. ¿No iba a vengarse David?

Entró en el despacho y se sorprendió al ver a Tony.

—¿Cómo? ¿Es usted quien se encarga ahora del personal?

El muchacho, con acento bondadoso y cogiéndola tiernamente de la mano, dijo:

—No podía pasar un día más sin hablarle. ¿Quiere que firmemos las paces?

—Pero...

—Yo sé que me equivoqué al juzgarla, Jerry, y le pido perdón. He visto en usted otra mujer que la que al principio me había figurado.

—Entonces, yo no debo interesarle, puesto que no ha encontrado en mí a la mujer que deseaba.

—Pero, he hallado otra criatura más intere-

sante aún. Jerry... la quiero. Por primera vez, una mujer me agrada de una manera distinta de las demás. Jerry, ¿no quiere usted dejarme un poco de esperanza?

Ella sonrió. Sentía latir en su alma una gran felicidad. Porque ella había estado siempre enamorada, con buen amor, de Tony, y quería verlo así, amándola con amor leal, puro y honrado. Tuvo la convicción de que él la quería ahorra de esta noble manera. Pero no quiso rendirse aún.

—¿No me contesta, Jerry? ¿No podré obtener nunca su perdón y su cariño?

—Ya veremos. Nada puedo contestarle.

—¡Le juro que la quiero con toda mi alma!

No queriendo que la vendiese la emoción, pidió permiso para retirarse y él se lo otorgó, repitiéndole que deseaba lo perdonase, pues era su arrepentimiento sincero y hondo.

Llena de alegría por vez primera, Jerry regresó a su casa. Connie estaba taciturna, melancólica.

—Esta noche tenemos que cenar de prisa, chiquilla. ¿A que no adivinas quién ha de venir?

—le dijo.

—No.

—Joe, el vendedor de zapatos. Está aprendiendo a conducir el auto y me ha invitado a ir a dar una vuelta.

—Pero ¿tú lequieres?

—No. No es más que una simple amistad la nuestra.

—Haces bien en no querer. Así no sufrirás como yo... de modo tan terrible.

—Vamos, Connie, no vuelvas a entristecerte.

—No sabes? He recibido carta de Franky, anunciándome que la han libertado ya y que ha vuelto a la hacienda con su madre. ¡Pobre Franky! ¿Te la imaginas sacando las vacas a pasar? Ha sido también muy desgraciada.

Acabaron rápidamente la comida. Connie hojeó un poco el periódico y una noticia le paralizó el corazón:

Miss Woodforth contrae matrimonio con el señor David Jardine. La radio transmitirá la ceremonia a las ocho de la noche.

Le pareció que todo se derrumbaba ante ella: su vida, su juventud, sus últimas ilusiones. El pleno convencimiento de la realidad, la estremeció. ¡Ah, no podía resistir aquel gran dolor! Pero, no queriendo decir nada a su amiguita, ocultó el periódico y procuró mostrarse serena.

Se oyó en la calle un fuerte bocinazo y Jerry se dispuso a salir.

—Acompáñame, Connie.

—No—respondió muy pálida—. Prefiero quedarme aquí y oír la radio.

—Vuelvo en seguida. Sólo daremos unas vueltas por la manzana.

Tan pronto como Jerry hubo marchado, Connie volvió a leer el diario, y, loca de dolor, no viéndose con fuerzas para resistir a la traición, al burdo y cruel desengaño, se dispuso a cometer un acto irreparable: morir.

Atontada, con la imaginación enloquecida por la idea del abandono, fué al cuarto de baño, cerró las ventanas, abrió la espita del gas y se tendió en el suelo.

Entretanto, su amiguita y Joe, bien ajenos a lo que estaba ocurriendo, daban unas vueltas

por los alrededores, luciendo cómicamente Joe sus escasas habilidades de conductor.

Volvió Jerry a su pisito y un denso olor a gas la estremeció. ¿Qué había pasado? Corrió al cuarto de baño y encontró desvanecida, muriendose, a la enamorada.

Loca de terror, salió a avisar a un médico, quien llegó momento después y reconoció a la enferma, que no volvía en sí.

—¡Sálvela, doctor, sálvela! ¡Por el amor de Dios!

—No puedo asegurar nada antes de dos horas.

Una idea se encendió en la imaginación de Jerry.

—Yo sé lo que puede salvarla. ¡Haga el favor de quedarse aquí hasta mi regreso!

Y saliendo precipitadamente, subió a un taxi y se hizo conducir a la residencia de los Jardine.

En la casa se hacían los preparativos para la boda.

Tony salió al encuentro de su amada Jerry y ella, nerviosamente, explicó lo que ocurría y cómo era necesario que David fuese a ver a la enferma.

—Voy a avisarle—dijo Tony con seriedad—. ¡Ah, ese hermano mío!

Volvió con David y Jerry le dió cuenta de que Connie había intentado suicidarse.

—El médico dice que no puede hacer nada. Es usted quien puede salvarla. Vaya allí. Dígale que la quiere. Hágaselo creer al menos.

—¡No puedo ir!—respondió con viveza.

—Yo estoy segura—añadió ingenuamente—de que si lo ve a usted reaccionará. ¡Tony, interce-

da usted! Mi amiga es una víctima. Cuando David le prometió casarse con ella, Connie le creyó con todo su corazón. Ella era sincera. No tenía ni el escepticismo de usted ni mi justificada desconfianza.



--Yo sé lo que puede salvarla.

—¡Jerry, por favor! —dijo David—. Un poco de calma. ¡Alguien podría oírla!

—¡Tiene usted razón! —contestó irónicamente. —No está bien que sus invitados sepan que una mujer inocente ha creído en el amor y en el honor.

—¡Es preciso ir, David! —dijo Tony—. Voy a buscar mi coche.

—¡No quiero verla! ¡No quiero!

—Vas a ir inmediatamente. ¡Te lo ordeno!

David, acuciado por el remordimiento, inclinó la cabeza. Bien, iría.

Partieron todos a gran velocidad, llegando rápidamente junto a Connie, que había vuelto en sí, aunque el médico no tenía esperanza alguna.

Al subir por la escalera, Jerry había dicho a David:

—Déjela creer que sigue queriéndola. Eso le hará un gran bien... Tal vez la hará vivir.

—¡Sí! ¡Se lo prometo!

Y David, atormentado por la conciencia, se acercó al lecho de la enferma y le dijo, acariciando sus manos:

—Estoy aquí, Connie, contigo, y ya no me separaré más de tu lado.

Ella alzó los ojos.

—De veras... David?

—Te lo juro! ¡Os lo juro a todos! —dijo con decisión y sinceramente—. ¡Ya no me caso! ¡Te adoro, nena! ¡He sido un loco... un malvado!

—¡David... qué feliz soy... David!

Pero por desgracia, el gas había envenenado su organismo, y la pobre muñequita se fué apagando rápidamente, hasta quedar rígida, yerta...

Ya no había remedio. Y a la vista del cuerpo exánime de aquella mujer, David lloró de veras, ahora con todo corazón, de dolor y de arrepentimiento, comprendiendo el daño que había causado al engañar a la pobre criatura, al tenerla nada más que como un capricho.

—¡He ahí la obra de los hombres, la maldita obra! —dijo Jerry.

—Sí, he sido un criminal, un infame —sollozó David—. Pero casi preferiría morir también, porque para mí la vida será terrible. No quiero casarme ya, no quiero. Tony, dí que se suspenda la ceremonia, que estoy enfermo... que no puedo.

Y lloró amargamente y besó con desesperación a la mujer que no había querido vivir sin su amor.

* * *

Algún tiempo después, Jerry y Tony estaban prometidos. Ya Jerry había comprendido que Tony la amaba con verdadero amor, con el amor sincero, que junta alegrías y dolores, que hace de la mujer la compañera leal, consejera amable y digna, no la amante de la que sólo se admira su belleza...

En cuanto a David, había roto su proyecto matrimonial. Iría siempre por el mundo con el amargor de aquella muerte, de la que era responsable.

Joe no había perdido las esperanzas, y un día telefoneó a Jerry en ocasión en que ésta se hallaba con su novio.

—¿Qué le parece si fuéramos juntos al teatro esta noche, Jerry?

—Lo siento mucho, pero tengo un compromiso.

Tony tomó el aparato.

—Está usted hablándole a mi futura esposa, caballero. ¡Y... déjela tranquila, si no quiere entenderse conmigo!

Joe no insistió, lamentando haberla perdido para siempre. Y Jerry se acurrucó en los brazos del hombre que amaba, murmurándole al oído las esperanzas de un venturoso porvenir.

Ediciones BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis

Teléfono 18551 - BARCELONA
